

VIERNES SANTO  
VIERNES 2 ABRIL 2021

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo  
según San Juan 13, 1-15

Texto y comentario: BIBLIA DE LA IGLESIA EN AMÉRICA

Los soldados se llevaron a Jesús y, cargando él mismo la cruz, salió al lugar llamado «La Calavera», en hebreo Gólgota. Allí lo crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado, y a Jesús en el medio. Pilato escribió un letrero que decía: «Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos», y lo hizo poner sobre la cruz. Este letrero lo leyeron muchos judíos, porque el lugar donde habían crucificado a Jesús estaba cerca de la ciudad y porque estaba escrito en hebreo, latín y griego. Los sumos sacerdotes de los judíos le dijeron a Pilato: «No escribas: “El rey de los judíos”, sino que este dijo: “Yo soy el rey de los judíos”». Pilato respondió: «¡Lo escrito, escrito está!».

Los soldados, después de que crucificaron a Jesús, tomaron su ropa y la dividieron en cuatro partes, una para cada soldado. También tomaron la túnica y, como no tenía costura, pues estaba tejida de una sola pieza de arriba abajo, se dijeron entre sí: «No la rompamos; vamos a sortearla para ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura: Se han repartido mi ropa entre ellos y sortearon mi túnica. Esto fue lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y a su lado al discípulo a quien amaba, dijo a su madre:



«¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!». Luego dijo al discípulo: «¡Ahí tienes a tu madre!». Y desde aquella hora el discípulo la recibió como suya.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba cumplido y para que se cumpliera la Escritura, dijo: «¡Tengo sed!». Había allí un recipiente lleno de vinagre. Empaparon una esponja en el vinagre, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. Cuando Jesús bebió el vinagre dijo: «¡Todo se ha cumplido!». E inclinando la cabeza entregó el Espíritu.

Palabra del Señor



## Comentario al texto



Cinco escenas se centran en el Crucificado: la crucifixión de Jesús (Jn 19, 16b-22); el sorteo de su ropa entre los soldados (Jn 19, 23-24); la madre y el discípulo de Jesús al pie de la cruz (Jn 19, 25-27); la muerte de Jesús (Jn 19, 28-30), y la sangre y el agua que brotan de su costado (Jn 19, 31-37)\*. En cada escena, un grupo de personas realiza una acción que revela alguna cualidad del reinado de Jesús anunciado por Pilato (Jn 19, 14).

En la primera se describe a Jesús que sale al Calvario cargando su propia cruz. Para Juan y su comunidad, la cruz es «el trono» de Jesús-Rey, desde donde ejerce su reinado atrayendo a todos hacia sí (Jn 12, 32), De aquí la importancia de la inscripción puesta en ella, anuncio de la universalidad del reinado de Jesús: escrita en hebreo, latín y griego (Jn 19, 20), quien quiso la pudo leer, pues la invitación a toda la humanidad a aceptar que Jesús-Rey ofrece la salvación de Dios. Mientras Pilato solo buscaba señalar con la inscripción la causa de la crucifixión de Jesús, para los cristianos es la confesión de fe en su Rey, quien muere para salvar a todos.

La segunda escena se centra en los soldados y la repartición de la ropa del Crucificado. La predicación de Jesús en Jerusalén había traído «la división» entre los oyentes debido a su obstinación en no creer (Jn 7, 43; 9, 16; 10.19). Por la ofrenda de su vida en la cruz, lo de Jesús no puede ahora «ser dividido», ni su túnica, ni su enseñanza, ni menos su comunidad, pues su reinado desde la cruz se caracteriza precisamente por el regalo de la unidad y la comunión, según el modelo de Jesús con su Padre, que son uno. El testimonio de esta comunión debe ser tal que mueva a la fe en Jesús a los que no creen (Jn 17, 21).

La tercera escena es un hermoso y conocido relato de Juan: la preocupación de Jesús por su madre y su discípulo amado, quienes lo acompañan al pie de la cruz. A María y al discípulo amado, que representa a todos los discípulos, Jesús no los deja solos, pues les pide que se acompañen y cuiden en pertenencia mutua (él es «tu hijo»... ella es «tu madre»). El reinado de Jesús hace de los suyos una familia que tiene un mismo Padre, el Padre celestial, que hace partícipes de su vida a todos, y una misma madre, la madre de Jesús, a quien le entrega el cuidado de sus discípulos. A los discípulos, por su parte, les incumbe recibir como propia a la madre de Jesús, siguiendo el modelo del discípulo amado. El despojo del Crucificado es total: ¡no le queda para entregar más que su Espíritu! (Jn 19, 30).

En la cuarta escena, Jesús entrega el Espíritu a la Iglesia, representada por María, por otras mujeres y el discípulo amado, que están al pie de la cruz. Ellos, pues, son los primeros en gozar de la nueva presencia de Jesús en sus vidas. Si la «sed» de Jesús es el deseo de entregar el Espíritu consolador prometido a los suyos (Jn 16, 7), la «sed» del creyente -como la de la mujer samaritana (Jn 4, 13-15) y en correspondencia con la de Jesús- es sed del Espíritu del Crucificado, entregado como fuente de agua viva a cada creyente (Jn 7, 37-39). El Espíritu de Jesús entregado a los suyos animará y guiará para siempre el reinado de Dios.

\*Por motivos de espacio, esta publicación considera solo las primeras cuatro escenas.